

Moncho se encuentra adormilado en el metro.

Los domingos a esas horas de la madrugada los vagones que se dirigían la centro iban prácticamente vacíos, mientras que los que traían a los jóvenes de vuelta para sus casas se encontraban abarrotados.

Sin embargo, los días laborables era justamente a la inversa.

Las escenas que se producían en las estaciones le parecían una película neorrealista, aunque ya no le hacía falta ni mirar porque se las sabía de memoria, dado que siempre se repetían.

Bien se trataba de grupos de gamberros gritando y golpeando con rabia todo lo que encontraban a su paso, furiosos al parecer por no haber logrado aparearse esa noche; o de parejas que en absoluto parecían modelos de romanticismo, sino más bien lo opuesto.

Las chicas que conseguían ser aprehendidas por un varón, se desligaban de sus amigas

para irse con su raptor, como si realmente creyeran que él iba a protegerlas, cuando se trataba de todo lo contrario.

Éste, aún fingiendo estar pendiente de la joven, seguía a su manada de lobos sin soltar al cordero, sobre el cual se apoyaba como señal de dominio.

Viéndolos pasar se hacía evidente que aunque ellas apenas se sostenían sobre los tacones, aguantaban sin rechistar.

La historia del cazador y la presa, como él lo llamaba, le había inspirado un cortometraje, Sangre.

Primero salían unas jóvenes cantando por el bosque, y entonces llegaban los chicos corriendo exaltados.

Dado que ellas huían despavoridas, ellos se hacían con escopetas para atraparlas.

Entonces comenzaban a disparar indiscriminadamente, y en medio de aquel desenfreno, como era de suponer, terminaban asesinándolas.

Al final, solos y aburridos, acababan disparándose hasta aniquilarse unos a otros.

En el fondo se percataba de que la visión que tenía del mundo era excesivamente catastrofista, y que su imaginación, en lugar de mejorarla, le proporcionaba un tinte más dramático aún.

Sin duda le gustaría poseer el sentido del humor de Woody, pero dado que no era así, le consolaba el que al menos sus autores de culto compartieran aquella opinión.

Si en las películas de Godart las mujeres eran siempre víctimas de la crueldad masculina, en las de Hitchcock no digamos.

Una de sus favoritas de John Huston, Paseo por el amor y la muerte, también mostraba que conseguir escapar a la barbarie humana resultaba prácticamente imposible, y tan sólo las parejas de enamorados podían lograrlo, aunque tampoco durante mucho tiempo.

Por eso él quiere encontrar a una actriz dispuesta a enamorar al mundo entero y mostrarse como una especie de heroína singular al estilo de Carmen Maura.

No necesitaba ser joven, sino lo suficientemente bella para conquistar los corazones de los caballeros y las damas de nuestro tiempo, en vez de saciar la sed de lujuria de las masas al estilo de Angelina Jolie y Brad Pitt.

Lo tenía muy claro, bajo ningún concepto iba pasarse al bando de los malos; es decir, dedicarse a hacer versiones modernas de pelis del oeste.

Para eso estaban las grandes producciones americanas, para poner a tíos fornidos a pegar tiros contra los más débiles disfrazándolos de amenazadores, y luego, una vez el público adiestrado, poder llevar a cabo sin trabas incursiones bélicas.

Por todo ello, aun semidormido, no deja de pensar en su musa y presiente encontrarse a punto de hallarla.